

LUIGI ZANGHERI, BRUNELLA LORENZI, NAUSIKAA MANDANA RAHMATI, *Il giardino islamico*, Firenze, Olschki, 2006, 484 págs, ISBN: 88-222-5521-6.

Este libro se escribió con el propósito, declarado por Luigi Zangheri, de servir como apoyatura didáctica para los alumnos de la Università degli studi di Firenze. La primera parte de esta obra, dividida en tres grandes bloques, la desarrolla el mismo Zangheri quien a lo largo de ocho capítulos descubre variados aspectos de los jardines islámicos. Este recorrido lo hace a través de su visión personal y la de distintos viajeros y personajes europeos, cuyas opiniones conocemos a través de fragmentos documentales. Brunella Lorenzi y Nausikaa M. Rahmati, dos colegas de la Universidad, elaboran la segunda y tercera parte, dedicadas a los parques y jardines de la Sicilia islámica y normanda y al jardín persa, respectivamente.

Luego de un breve estado de la cuestión, donde se detalla la bibliografía editada sobre el tema en las últimas décadas, Zangheri comienza su estudio analizando las distintas realidades que englobó desde sus comienzos la palabra jardín, puesto que definió alternativamente un lugar de producción, un lugar de placer, un símbolo de poder. Entre las funciones que se le han asignado se hallan las de lugar de ocio, de fiesta, de reposo, de manifestación de poder económico y político; unas veces destinados al uso privado y otras abiertos al público; con mayor o menor variedad de formas y tipos de cultivo, etc. Si a estas interpretaciones se las encuadra además en el contexto de la civilización islámica, el concepto adquiere una nueva riqueza, ya que esa cultura musulmana que integra distintos pueblos, tradiciones, modos de vida y de pensamiento, aportará nuevos enfoques del jardín. Según el autor, la interpretación de los jardines islámicos se ha hecho, generalmente, a partir de una lectura occidental, mientras que en esta obra se pretende hacerlo desde una visión menos europea y más oriental.

La variedad de vocablos que se usaron para designar un jardín es una clara muestra de la amplitud de visiones que incluye el término. Zangheri va detallando cada una de estas denominaciones y explicando

las características que prevalecen en cada caso: riyad, jnan, arsa, buhayra, agdal, saniya, munya, karm, firdaws, bustân o bâgh son algunas de esas denominaciones. En cada caso comienza explicando el origen de la palabra y los elementos distintivos: el ambiente en el que se concibe cada uno, la morfología, el tipo de irrigación que tienen, los cultivos que prevalecen, las construcciones que los rodean, los antecedentes de su existencia en épocas previas al Islam, etc. Con respecto a esto último, es sin dudas el legado de los pueblos mesopotámicos y su amor a los espacios ajardinados, la base sobre la que se desarrolló el jardín islámico. También de aquella época proviene el sentido religioso o sagrado que se otorgaban a ciertas flores y cultivos en cuanto vehículos para conducir al ser humano a determinados estados psíquicos.

Posteriormente, Zangheri dedica un capítulo al estudio del agua en cuanto elemento esencial o alma del jardín islámico. Describe las técnicas hidráulicas que se usaron desde la Antigüedad, la importancia que aquellos pueblos otorgaron al agua, la legislación que crearon para su uso y la categoría de divinidad que le asignaron. Explica los distintos mecanismos que se crearon para su extracción, conducción y almacenamiento y su posterior desarrollo llevado a cabo por los árabes.

Más adelante se introduce en el estudio de las flores y frutos que adornan los jardines, demostrando que muchos de ellos que fueron introducidos en Occidente por los pueblos orientales y especialmente por los árabes. El interés de los musulmanes por aclimatarlos a las nuevas tierras conquistadas favoreció la creación de los antecedentes del jardín botánico, constituyéndose así en los iniciadores de una institución que se desarrollaría intensamente en la Modernidad. Al parecer, esta cualidad de los árabes para la jardinería, ya se había puesto de manifiesto en tiempos del Imperio Romano cuando la aristocracia confiaba la organización de sus jardines a los esclavos sirios por sus grandes habilidades para esta actividad. Junto a la creación de los jardines botánicos se desarrollaría la farmacopea. El estudio de las cualidades terapéuticas de las plantas, se inició con la gran labor de traducción de los tratados griegos al árabe y luego se amplió con la aparición de tratados árabes originales como los de Ibn Yulyul, Ibn Bassal o Ibn Luyun, por sólo citar los representantes de al-Andalus.

El aporte que hacen los turcos otomanos al arte de la jardinería es repetidamente subrayado por el autor, tanto en lo que se refiere a la introducción y difusión de ciertas flores como el tulipán, clavel, laurel o jacinto, como en el aspecto arquitectónico. La gran afluencia de flores proveniente del Imperio turco llevó incluso a la aparición, a partir del siglo XVI, de un nuevo género literario conocido como “florilegio”, dedicado a reproducir imágenes de flores. En definitiva, lo que quiere mostrar Zangheri es que gracias al amor por la floricultura, a lo largo de la Edad Media y aún después, entre Oriente y Occidente se mantuvieron asiduos contactos que condujeron a un enriquecimiento común.

Un capítulo aparte merece el ciprés, árbol originario de Asia central, que decorará los claustros monacales, los cementerios otomanos, los paisajes de la Toscana y los jardines del Generalife de Granada al punto de convertirse en un personaje más de la leyenda sobre los amores de la sultana con un caballero Abencerraje.

Más adelante, Zangheri se detiene en los jardines y paseos públicos orientales, principalmente los de Samarcanda e Isfahán, cuya difusión y variedad convirtieron a estas urbes en verdaderas ciudades-jardín. Sobre la primera quedan testimonios en los relatos de Ruy González de Clavijo, embajador castellano ante la corte de Tamerlán a comienzos del siglo XV.

Sin embargo, los jardines no sólo adornaban claustros, paseos públicos y palacios, otra faceta es la que aportan, nuevamente, los turcos otomanos quienes superando el sentimiento de tristeza de la muerte, convierten a los cementerios en una anticipación del paraíso. Las grandes dimensiones de estos lugares y la riqueza de flores y árboles que los decoran los tornan no sólo en lugar de reposo para los miembros de la realeza sino también en paseos para el público en general. Este concepto se traslada a la India donde el Taj Mahal es, sin duda, el mejor ejemplo. Lo mismo se observa en Irán donde, todavía hoy, las tumbas-jardines de sus poetas y sabios más relevantes son lugares muy visitados por las clases populares para rendirles culto y para pasar una jornada de recreo al aire libre.

Los otomanos vuelven a ser objeto de atención del autor en el capítulo dedicado a los jardines del Palacio Topkapi a los que considera una

página importante de la historia de los jardines y anillo de unión entre Oriente y Occidente. Subraya la figura del sultán Ahmed III, cuya época fue conocida como “la era de los tulipanes” por la gran difusión que alcanzó en ese momento su cultivo. Uno de los patios del Topkapi estaba íntegramente cubierto de estas flores y su figura también se repite como elemento decorativo en joyas miniaturas y cerámicas. El fanatismo por esta flor llevó a buscar continuamente distintas variedades, llegando a registrarse en aquel momento 276 ejemplares.

Esta primera parte del libro escrita por Zangheri se cierra con un capítulo dedicado a las fiestas que se llevaban a cabo en los jardines. A continuación, se coloca un apéndice con fragmentos de relatos que sobre los jardines islámicos compusieron personajes de distintas épocas como Pietro Della Valle, Jacques Villotte, Jean Chardin y James Atkinson, entre otros.

La segunda parte de la obra está a cargo de Brunella Lorenzi, quien se dedica al desarrollo de los jardines en la Sicilia árabe y normanda. Se detiene especialmente en los dos tipos de parques más difundidos en esta zona, que imitan los modelos magrebíes del *agdal* y el *riyad*. El primero es fácilmente reconocible en el Parco Vecchio y en el Parco Nuovo de Palermo, parques suburbanos con amplios terrenos que estaban dedicados a la plantación de distintas especies, que tenían animales sueltos para practicar la caza y estanques artificiales para la pesca, todo ello cercado por un recinto amurallado. La tipología del *riyad*, en cambio, está representada por el parque del Genoardo, cuyo nombre significa “paraíso en la tierra”, y que contiene una serie de edificaciones y pabellones dedicados al placer y al reposo. Completando este panorama, la autora describe distintos edificios con influencia decorativa árabe donde aparecen con asiduidad imágenes de jardines.

La última parte del libro la dedica Nausikaa M. Rahmati a los jardines persas. Toma como punto de partida la idea de que el jardín es un documento que refleja la sociedad y la cultura que lo creó, por ello tiene varios ángulos de lectura e interpretación: el agrícola, el botánico, el arquitectónico, el decorativo y el espiritual. Luego de un rápido repaso por los antecedentes aqueménidas y sasánidas, se detiene en analizar el modelo cuatripartito de jardín que se difundirá en todo el mundo islá-

mico, desde España a la India; esquema que remite a los cuatro puntos cardinales, a los cuatro elementos fundamentales de la vida, según la idea del universo zoroastriano. La gran devoción por los elementos de la naturaleza y el amor de los zoroastras por las plantas se mantuvo con el Islam, conservándose así la identificación del jardín con un lugar sagrado, símbolo del paraíso, ahora paraíso coránico.

En las páginas siguientes la autora analiza la reproducción de estas características del jardín persa en distintos lugares del mundo islámico (desde España a la India) y en distintas épocas (desde el siglo VIII a nuestros días).

El volumen se cierra con distintos anexos: un meticuloso y utilísimo cuadro-resumen de los jardines islámicos, donde figuran su ubicación geográfica, datación, tipología y estado actual de conservación; un glosario con las distintas dinastías islámicas desde los Omeyas hasta nuestros días; una bibliografía nutrida con un apartado especial dedicado a aquella perteneciente al siglo XX y un índice de lugares también muy útil. Es ésta, sin lugar a dudas, una obra que no sólo cumple con el objetivo pedagógico que se trazaron sus autores, sino que demuestra a las claras los méritos sobrados que le valieron ser acreedora al premio Grinzane Cavour - Giardini Botanici Hanbury 2006, distinción creada en el Piemonte para difundir el placer de la lectura entre los jóvenes. Placer que también alcanza a los lectores no tan jóvenes de este libro; deleite por su temática desarrollada tan amenamente, por la belleza de sus múltiples ilustraciones; en fin, el deleite de un jardín islámico.

SILVIA NORA ARROÑADA

MICHEL BOEGLIN, *Inquisición y Contrarreforma. El Tribunal del Santo Oficio de Sevilla (1560-1700)*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla – Ediciones Espuela de Plata, 2006, 277 págs., ISBN: 84-96098-75-3.

En una muy acabada edición preparada por el Departamento de Publicaciones del Instituto de la Cultura y las Artes del Ayuntamiento de